

TERRITORIO, MUERTE Y DUELO

Hernán Darío Gil Alzate*

*La muerte no nos roba los seres amados, al contrario,
nos los guarda y nos los inmortaliza en el recuerdo.*

*La vida sí que nos los roba muchas veces
y definitivamente*

François Mauriac

Introducción

La antropología se ha transformado en una ciencia del hombre y como tal busca a hombres y mujeres en espacios en los cuales se encuentren. Cuando los halla, intenta hacer una observación participante, es decir, se involucra en cada actividad de los seres humanos para leer sus actos, aquello que en verdad se está realizando. Podemos afirmar que nada, absolutamente nada de lo que los hombres realizan lo hacen en el vacío. Es la Antropología, el ojo e intelecto del antropólogo los que descubren detrás de cada acto lo que realizan los seres humanos, y como hay un sustrato de cultura que se puede hacer visible. Es aquí donde la Antropología explora matrices de desarrollo cultural a partir del estudio comparativo de la humanidad:

Sus objetivos son descubrir, analizar y explicar tanto las similitudes como las diferencias entre los grupos humanos. Los antropólogos están más interesados en las características que son típicas o compartidas en una población humana particular, que en mostrar lo que es anormal o individualmente único. En el estudio de la variación humana, los antropólogos ponen énfasis en las diferencias entre los grupos humanos,

* Candidato a Doctor en Filosofía; Magister en Filosofía; y Licenciado en Filosofía por la Universidad Pontificia Bolivariana. Antropólogo por la Universidad de Antioquia. Docente investigador titular del grupo *Epimeleia* de la Escuela de Teología, Filosofía y humanidades de la UPB. Este capítulo es uno de los productos de investigación de tesis doctoral. Correo electrónico: hernan.gil@upb.edu.co

más bien que en las diferencias entre los individuos de tales grupos. Los grupos tradicionales estudiados por los antropólogos son llamados sociedades¹.

Vamos a enfocar nuestro trabajo en una sociedad que se desarrolla en un medio que llamamos cultura. Una sociedad es un grupo de individuos que para nuestro caso denominaremos personas, las cuales dependen unas de otras para realizar los actos de convivencia, supervivencia, tradición, economía, ritual, leyes, normas, y que como consecuencia de ellos logran un bienestar, y una cierta forma de vida:

Pero ya sea que la unidad de estudio sea una sociedad particular, un grupo dentro de la sociedad o una población humana, los antropólogos atienden lo que es típico de ese grupo y cómo o de qué manera ese grupo difiere de los demás. Sólo mediante un estudio de la humanidad, en toda su variedad, podremos entender los orígenes y desarrollo de nuestra especie².

La Antropología hace análisis tanto de sociedades antiguas como de sociedades modernas. Es por esto, que nuestro interés radica también en poder aprender en los espacios modernos que caminamos a diario y en los cuales realizamos nuestro día a día. De igual forma tenemos que poseer en esta lectura una perspectiva transcultural única que permita contrastarnos constantemente. Es fundamental que nos podamos comparar con las vivencias y las formas de actuar de los otros, ya que esto nos proporciona el reconocimiento del “otro” (su forma de pensar, ser y actuar) y de “nosotros”, lo que somos y lo que construimos. Es aquí donde la Antropología debe entender su actuar y su pensar acerca del hombre.

Ciudad, etnografía y muerte

Sumergidos en una ciudad todos creemos conocerla, pero en realidad no es así; a la ciudad moderna le falta tener quien la apropie y la haga suya, quién la nombre, la defina y la convierta en histórica. Hay una ciudad dentro de la ciudad de hoy que es el territorio de los muertos, la *necrópolis*. Un territorio que configura temor, respeto e incertidumbre. Pero que también reconstruye, crea y vivifica la historia, aquello que fuimos, pensamos e hicimos como cultura y que actualmente conservamos.

¹ Serena Nanda, *Antropología cultural. Adaptaciones socio culturales* (New York: Grupo Editorial Ibero América, 1996), 4.

² Nanda, 4.

Este trabajo etnográfico relata la estructura arquitectónica y espacial del cementerio San Pedro de Medellín, al igual que las estructuras simbólicas que en él desarrollan los habitantes de la villa de la candelaria de Medellín. Al ingresar a este cementerio se visualiza al fondo una hermosa capilla, una vía principal que conduce a ella y permite el recorrido por una plazoleta central que se arma como muchos de nuestros pueblos. Al comenzar a transitar sus senderos y caminos, lo primero que se halla son las galerías de tumbas sencillas, y mientras más se aproxima a la capilla, aparecen las monumentales estructuras que embellecen el lugar, monumentos que recrean la ciudad. Todo el conjunto de lo observado da a entender que allí aflora una ciudad que refleja la idiosincrasia de la Medellín antigua y la actual, donde dentro de los muertos emerge la identidad cultural de un pueblo.

Para poder realizar una mejor descripción de lo observado en el cementerio y como éste se convirtió en una ciudad de los muertos, apremia la necesidad de consultar las fuentes históricas de sus inicios. En el texto *Cementerios patrimoniales de América Latina* se narra cómo:

La estructura del Cementerio San Pedro comenzó con una organización circular. Los primeros espacios fueron construidos en forma de galerías y de unos corredores cubiertos, para instalar las bóvedas que fueron construidas a medida que se requerían. En el interior de la circunferencia, se construyeron los mausoleos, que fueron extendiéndose; configurando así una alineación que le concedería mayor jerarquía a la plaza central y destacara su importancia. En el centro del cementerio se encuentra situada la capilla, la cual fue edificada en 1929³.

En la plazoleta central del cementerio se perciben las numerosas similitudes existentes entre las dos ciudades, la de los muertos (San Pedro) y la de los vivos (Medellín); la infraestructura del cementerio se creó como símbolo de *status* económico y social, puesto que las familias más acaudaladas de Medellín quisieron tener un lugar propio para brindarle a sus seres queridos fallecidos “*cristiana sepultura*”. Esta infraestructura allí evidenciada, está inspirada en la Medellín de aquel entonces, en la cual la élite estaba ubicada alrededor del templo (es decir, en la plaza), cercana a todos los establecimientos y entidades reconocidas e influyentes del pueblo. De igual forma esto se refleja al interior del cementerio donde en la rotonda central se encuentran ubicados los diferentes mausoleos alrededor del templo: allí están las personas y las familias más influyentes

³ Catalina Velásquez, “Cementerios patrimoniales de América Latina”, en *Revista Apuntes* 18, n° 1-2 (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2005), 120

de la región, como por ejemplo *la gran élite industrial antioqueña*. Otra forma en que se constata e identifica las diferencias en las clases socioeconómicas y jerarquías, se halla en la estructura y decoración que posee cada mausoleo o tumba; a través de ellas se perciben el poder e influencia que tenía el muerto y su familia, al igual que la conducta y modo de vida. Estos grupos o clases sociales “tienen sus propias subculturas, integradas por pautas de trabajo, arquitectura, mobiliario, dieta, ropas, rutinas domiciliarias, relaciones sexuales y prácticas de apareamiento, rituales mágico-religiosos, arte e ideología distintos”⁴.

Los mausoleos más significativos que se aprecian corresponden a personajes de la élite comercial, política, abogados, médicos e intelectuales, artistas y arquitectos, empresarios, mineros, entre otros destacados del siglo XIX y XX; es decir, la burguesía de Medellín. En estos mausoleos se refleja el talante de la gente, su influencia en medio de la comunidad, su poder económico, sus influencias artísticas, religiosas y literarias, como también cada cual quiso dejar una huella indeleble como legado familiar. Muchos pretendieron que fueran recordados indefinidamente, pues una característica de todas las personas en la sociedad es querer mostrarse únicas, como en realidad lo son (y lo somos todos). Si no podemos lograr que nos reconozcan por nuestra personalidad como únicos y diferentes a un “otro”, esto debe lograrse, aunque sea en la tumba. Que la muerte sea el sello inconfundible de la vida.

Cada uno de los personajes allí sepultados tenían características en particular que los diferenciaban de los demás, los cuales con su trabajo, conocimiento o empirismo dejaron huella en Antioquia y en el país, pero en especial forjaron la Medellín de hoy. Estos héroes han sido narrados en las historias populares y en series como la realizada por la *cámara de comercio de Medellín para Antioquia* titulada *100 empresarios 100 historias de vida*.

Detallando posteriormente cada mausoleo visitado y las tumbas observadas, se comprende que, al igual que en la ciudad, se distinguen los hogares de los ricos y los de los pobres, y la ubicación de cada una de estas clases sociales. Aún en la muerte prevalecen las diferencias de estratificación social.

⁴ Marvin Harris, *Antropología cultural* (Madrid: Alianza Editorial, S. A., 2001), 48.

Es evidenciable, como muchas de las tumbas de las clases populares, han sido construidas con materiales rudimentarios o tradicionales, tales como ladrillos, maderas y cal; cubiertas por tejas de barro que son soportadas por sencillas columnas; algo muy similar a aquello que observamos en los barrios más pobres de Medellín, los cuales se caracterizan por estar ubicados en la periferia de la ciudad: poseen hogares construidos con material pero sin acabados, o simplemente con madera –y en el peor de los casos con cartón o plástico–, cubiertos por tejas de eternit y sin buenas bases. Las personas que allí habitan utilizan accesorios y decoraciones llamativas, coloridas; además viven agrupados, es decir, casa tras casa, donde la privacidad parece ser poca. Allí se conocen y se reconocen. La estructura de unidad se llama barrio, que es un territorio que brinda identidad. Asimismo, afloran conductas extravagantes

Por el alcoholismo, la violencia, los matrimonios informales e inestables. Según Lewis, estas personas tienen valores y sentimientos que los distinguen como la marginalidad, la inseguridad, el fatalismo, la desesperación, la agresión, la sensualidad, la aventura, la espontaneidad, el ser impulsivo, la ausencia de planificación y desconfianza del gobierno⁵.

Estos diferentes valores y sentimientos de los cuales habla Lewis, se pueden ver reflejados en las tumbas, las cuales se caracterizan por tener arreglos florales aparatosos con colores vivos, en general la mayoría con flores artificiales, calcomanías de las caricaturas favoritas del difunto, imágenes del equipo de fútbol de su preferencia, fotos, cartas, estampas piadosas, figuras de santos, velas, vasos con agua globos, cintas con mensajes de cumpleaños, aniversarios, entre otros, elementos que eran significativos para el muerto o que los representaban y que describen la cultura y costumbres que los distinguen.

Un lugar como estos, también ha abrigado los distintos y eternos conflictos que han marcado la historia paisa, entre ellos, acontecimientos como el fenómeno del narcotráfico y la lamentable experiencia de jóvenes sicarios. La ciudad de los vivos se puede descargar sobre la ciudad de los muertos y viceversa, allí prevalecen los hechos culturales del simbolismo y la vida.

En el Cementerio los mausoleos ubicados en el centro adoptan un modelo similar a los cementerios de la burguesía europea: “La fachada de estos traen a colación importantes templos griegos y romanos, como el de la Familia Ospina Vásquez, que expresan la naturaleza

⁵ Nanda, *Antropología cultural. Adaptaciones socio culturales*, 274.

materializada como ofrenda”.⁶ En estos se puede identificar la clase alta de la Antigua Medellín. Estos se encuentran ubicados en la plaza central del cementerio, así como antiguamente la plaza pública definía el centro de la ciudad y alrededor de ella se encontraban las casas en las cuales vivían las personas más ricas y poderosas de Medellín. Habitar en el marco de la plaza era señal de *status* económico, donde las familias sobresalían por las bellas infraestructuras de sus viviendas y por las áreas de jardines y de construcciones, y sus respectivos acabados; esto se revela en la majestuosidad de cada una de las estatuas con las que representan sus mausoleos.

La idiosincrasia de los ricos es manifiesta en los Mausoleos que guardan algo de privacidad, al no estar uno al lado del otro, presentando distancia con el otro y al poseer un bello y distintivo ornato que se interpreta con el conocimiento del arte, la economía, la ciencia, la religión y la historia. Mantiene distante a aquel que recorre la *ciudad de los muertos* como visitante, pero le muestra en el mausoleo el poder económico que tuvo en la *ciudad de los vivos*.

Otra característica que demuestra la estratificación social dentro del cementerio es la notoria diferencia entre *mausoleo* y *tumba*, puesto que los *mausoleos* son monumentos funerarios propios de la familia, donde los restos del difunto pueden permanecer allí el tiempo que su familia lo disponga; mientras que las *tumbas* son espacios pequeños que se alquilan por un periodo de cuatro años, donde luego la familia debe sacar los restos y transportarlos a un *osario*. Debe realizar un enterramiento secundario.

Según las historias narradas se cuenta que los mausoleos de Carlos Coriolano Amador, Pedro Nel Ospina y Luciano Restrepo, conformaron el primer momento artístico que surgió en el cementerio, donde las construcciones fueron de mármol y posteriormente se implementaron materiales como bronce, granos lavados y pulidos, y enchapes de diversas piedras, acompañados con elementos tradicionales como imágenes de ángeles y vírgenes, coronas y cruces.

El muerto no está muerto... está vivo

Los muertos, enterrados en el centro del cementerio ya no cuentan con la visita de sus seres queridos. Hoy en día quienes transcurren por dicha plaza son turistas, espectadores, estudiantes, curiosos que vienen en busca de información histórica sobre aquellos personajes y familias que

⁶ Velásquez, *Cementerios patrimoniales de América Latina*, 124.

allí yacen; por el contrario los muertos que se encuentran en las galerías laterales son frecuentemente visitados, cada día se convocan familiares y amigos, se recrean relatos de vida, amor, pasión, trabajo, sufrimiento y muerte; historias de madres, padres, hijos, novios, hermanos, amigos, hijos, cuyas vidas no se han detenido puesto que sus seres queridos enterrados aún se encuentran *vivos* en su memoria.

El cementerio nos recuerda que fue y sigue siendo un fiel testigo de los cambios y transformaciones que surgen en la sociedad, en aspectos tan diversos como el político, cultural, artístico, literario y deportivo, donde cada uno de estos se refleja en el campo santo, ya sea en los mausoleos o las tumbas.

Cada corredor, cada galería, cada sendero, cada lápida del Cementerio San Pedro da cuenta de que la muerte no es un hecho que solo afecta al *muerto*, sino que involucra a su familia, amigos, seres queridos, a la religión, a la funeraria, a los establecimientos comerciales relacionados con artículos fúnebres, floristerías, entre otros; razón por la cual la muerte se convierte en un acontecimiento social. Todos se unen en pro de este acontecimiento que tiene una connotación afectiva para todo el núcleo familiar.

Cada una de las tumbas y mausoleos contienen la esencia de las personas que allí habitan, expresan momentos, lugares, luchas, aventuras, obras, emociones, deseos, romances, tragedias, sueños interrumpidos; contienen esos objetos que para el muerto fueron significativos y que ahora para sus familiares y seres queridos se convierten en elementos fundamentales para la elaboración del duelo, pues en ellos encuentran una parte de ese ser, además de sentir la presencia del difunto del que saben, ha partido físicamente; estos objetos mantienen vivo su recuerdo, a la vez que contribuyen a superar el dolor profundo que siente el ser humano en esos momentos.

Un elemento particular que se puede observar en varias tumbas es la foto del difunto colocada por sus familiares, la cual es fundamental para ellos, ya que ven la imagen física de ese ser, que era tan significativo y al que cada vez que visitan a su tumba le hablan y se refieren a él como si estuviera presente en ese instante.

El cementerio y el duelo

Al comienzo de la elaboración del duelo, las personas tienen sentimientos de soledad, abandono y frustración, los cuales suelen sanarse con el tiempo. Muchas de estas buscan apoyarse

en algo como símbolo de fuerza, poder, aceptación, humildad, paz, claridad, luz, serenidad y equilibrio, que los ayude a superar la muerte; en este caso, la mayoría de las personas se refugian en Dios y en personajes relacionados con la religión; esto es algo apreciable en las tumbas y mausoleos que han sido decorados y contienen imágenes de ángeles, vírgenes, y santos. Un caso particular es el mausoleo de la familia Saldarriaga que instaló una réplica de *La piedad*.

En orden a lo que viene planteando se podría hacer el siguiente cuestionamiento: ¿Hasta cuándo permanecerá esa actitud de dolor ante la muerte? Por medio del duelo, el ser humano aprende a aceptar la ausencia y la pérdida de alguien o algo, como un mecanismo de limpieza y liberación que solo se consigue a través del tiempo. Este es un proceso normal, que algunos podrán elaborar fácilmente, pero en el que otros necesitarán más tiempo. El duelo se elabora en el tiempo y en el espacio. El *tiempo* que permite entender qué es la *presencia* y la *ausencia*, y el cementerio como el *espacio* donde se vive.

Cuando una persona sufre una pérdida, tanto ella como su entorno reciben el impacto, ante lo cual se dice que la muerte es un acto social. Las personas necesitan de ese espacio para poder llevar a cabo ese proceso, por tal motivo visitan el cementerio, llevan flores, realizan rituales funerarios como las misas, las penitencias, los ayunos, entre otros.

A pesar que la muerte es un acontecimiento inevitable en el ser humano, muy pocos están preparados verdaderamente para aceptar esta realidad, ya que aunque sabemos que en algún momento de la existencia se dará, no tenemos una conciencia plena de ello, tanto de nuestra muerte como de la de nuestros seres queridos, y se tiene que pasar por un proceso de duelo.

En la decoración y en los escritos sobre las lápidas que se encuentran en las galerías se muestran los sentimientos de las familias, amigos y allegados de los muertos, en estos mensajes se plasman las quejas, festejos, recuerdos y pedidos que se tienen hacia ese ser querido que partió.

Enterrar a los muertos y poner objetos en sus tumbas es una demostración de la posibilidad de imaginarnos un mundo paralelo a esta existencia, la afirmación que hay vida después de la muerte. Las creencias y prácticas sobrenaturales ayudan a reducir la ansiedad, y a una mejor elaboración del duelo.

La religión puede ofrecer un alivio emocional cuando las personas se encuentran frente a hechos como la muerte de un familiar, ser querido o amigo. El ofrecer misas en su nombre genera

en muchas personas la sensación que le ayuda al difunto a hacer el tránsito hacia un estado de paz espiritual más rápidamente. Existe la creencia que hay ritos de transición asociados a la muerte. Estos ritos tienen tres etapas: 1) el desprendimiento del alma del cuerpo físico; 2) el purgatorio: sitio en el cual se encuentra el difunto purificando sus penas, y al que ayudar por medio de rezos, novenas y promesas a santos para que su tránsito sea más corto; y 3) el reencuentro con Dios.

En los rituales se reconocen los pensamientos sociales sobre los difuntos y se hacen evidentes las prácticas fúnebres de sus dolientes, tales como las costumbres, tradiciones y *status* social. Se repiten de generación en generación y crean mensajes duraderos, valores y sentimientos en acción. Son actos sociales, por ejemplo, en el aniversario de fallecimiento se ofrecen misas en honor del difunto y muchas veces después de estas se convoca a una reunión para recordar y hacer mención de las características del muerto. “En la muerte el uso del fuego significa transformación, por lo cual uno de los rituales es poner velas en honor a los muertos, como una manera de hacerle saber que aún está presente en la vida de sus seres queridos”⁷.

Alrededor de la muerte se han generado diferentes leyendas que, según la sociedad, se dan en el cementerio, verbigracia el ángel que cambia la posición de la espada, las mujeres que caminan por el *campo santo*, las lápidas que se corren, los lamentos que se escuchan de un alma en pena, entre otras. En el cementerio cada lápida cuenta una historia relacionada con la forma en que murió el difunto: asesinatos, suicidios, enfermedades, accidentes, entre otros.

En el cementerio se corrobora la afirmación según la cual *el muerto no está muerto, está vivo*. Según Edgar Morin⁸ la muerte es un cambio de vida, simplemente la persona que fallece cambia del estado físico a un plano imperceptible para nosotros. Por medio de los funerales se “oficializa” dicho cambio de estado y el muerto pasa a la inmortalidad. Esto se puede observar en el cementerio, por medio de los epitafios, lápidas y carteles que contienen mensajes que exaltan la vida del muerto, con la esperanza de que este los lea y se entere de los sentimientos que por él tienen sus dolientes. Tales mensajes y decoraciones se hacen para establecer una comunicación y relación más cercana con el difunto, los cuales logran generar una diferenciación de éste con respecto a los demás muertos que se encuentran allí.

⁷ Javier García Huertas, y Hervas Morales, *Arqueología funeraria: las Necrópolis de incineración*. (España: Universidad de castilla de la mancha, 2001), 13.

⁸ Edgar Morin, *El hombre y la muerte*. (Barcelona: Editorial Kairós, 2003), 137.

Como relato etnográfico se puede narrar cómo la mayoría de personas que visitan los cementerios, en muchos de los pueblos de América latina, tienen la costumbre de tocar la lápida como expresión de saludo y despedida, también le cuentan las historias de su diario vivir, lo que pasa alrededor de su círculo familiar, le llevan presentes el día de su cumpleaños, le ponen su música preferida mientras los visitan, además se embriagan en su nombre y le reparten licor como si estuviera ahí presente; de igual forma cuando no están en el cementerio realizan fiestas en honor del ausente y riegan licor por su alma. Aunque se entierre el cuerpo de un ser querido, su recuerdo permanece latente en el corazón y en la memoria.

Conclusiones

Después de lo abordado en estas líneas, se puede comprender que “La idea de nuestra propia muerte es impensable. El pensamiento de que no seremos más, no puede ser pensado. Lo que se imagina o fantasea lo es alrededor de este impensable”⁹. Por ende, el hombre reconoce el hecho de un fin último que es la muerte, pero no dimensiona en sí su significado. Los rituales alrededor de la muerte son creaciones de aquellos que deben presenciar mi muerte. Esos rituales pueden permitir elaborar duelo, comprender el hecho cadavérico y entender qué es la presencia y la ausencia.

El simbolismo visible de la muerte lo vemos reflejado en las honras fúnebres, es decir, en el entierro; donde realizamos un desprendimiento corporal y se encomienda al difunto a un viaje, a un *más allá*, a un sitio de paz. Por eso siempre se dirá “paz en su tumba”. El cadáver no puede ser negación, él es el principio de la elaboración del duelo. Por eso la importancia de tener el cadáver, puesto que, sin esto, pareciera que no puede haber conciencia de la ausencia del ser querido, “para confirmar la desaparición del muerto y liberar la agresividad del sobreviviente al respecto”¹⁰. Cada persona frente a la muerte tiene sentimientos diferentes, de acuerdo a la cercanía y vivencias que tuvo con el difunto; por consiguiente, la elaboración del duelo se dice que es algo subjetivista, la cual se elabora a través del tiempo y el espacio.

⁹ Carolina Mazzetti Latini, “Nombrar la muerte. Aproximaciones a lo indecible”, en *Andamios. Revista de Investigación Social* 14, n.º 33 (México: 2017), 48.

¹⁰ Mazzetti, 48.

El cementerio no solo contiene sentimientos de dolor e incertidumbre, y es sinónimo de muerte; es también el reflejo de la sociedad, de sus problemáticas y de sus costumbres; en sí, alberga historias pasadas que forjaron el devenir de nuestro presente.

Bibliografía

García Huertas, Javier, y Hervas Morales. *Arqueología funeraria: las Necrópolis de incineración*. España: Universidad de castilla de la mancha, 2001.

Harris, Marvin. *Antropología cultural*. Traducción de Vicente Bordoy y Francisco Revuelta. Madrid: Alianza Editorial, 2001.

Mazzetti Latini, Carolina. “Nombrar la muerte. Aproximaciones a lo indecible”. *Andamios. Revista de Investigación Social de la Universidad Autónoma de México* 14, n.º 33 (2017): 45-76.

Morin, Edgar. *El hombre y la muerte*. Barcelona: Editorial Kairós, 2003.

Nanda, Serena. *Antropología cultural. Adaptaciones socio culturales*. New York: Grupo Editorial Ibero América, 1996.

Velásquez, Catalina. “Cementerios patrimoniales de América Latina”. *Revista Apuntes de la Pontificia Universidad Javeriana* 18, n.º 1-2 (2005): 118-134.